

ESCENA V.

Dichos, LEONOR.

(Sale leyendo sin ver á nadie, y se sienta en un sofá; después de una ligera pausa deja el libro y representa.)

Leo.—¡Ha muerto, ha muerto el mísero
Joven desventurado,
Modelo acrisolado
De ternura y amor!
¡Ay! ese pecho cándido
Despojo de la muerte,
Mereció mejor suerte,
¡Oh, vida de dolor!
¡Quién no derrama lágrimas
Al leer tu triste historia?
Y ¿quién á tal memoria
No se siente morir?
Recibe, triste víctima,
Recibe el llanto mío:
Yo tu destino impío
Siempre sabré seguir.

(Deja el libro: queda como meditando en el sofá.)

D. Carlos.—¡Qué pecho tan simpático.

D. Tim.—Sí, es muy sensible, mucho.
Hija....

Leo.— ¡Qué voz escucho!

¡Oh padre! ¿Dónde estoy?
Mirad... Su rostro pálido:
Oíd... ese sonido....
¡Ha muerto! ¡Está perdido!

D. Tim.—Escúchame: yo soy:
Vuelve en tu acuerdo ¡mísera!
Su corazón palpita.
¡Paloma!

D. Carlos.— ¡Señorita!

D. Tim.— (A D. Juan.)
Háblale tú.

D. Juan.— ¡Leonor!

D. Carlos.—¡Leonor! ¡Qué hombre tan
(frígido!

¡Qué pecho tan helado!

Dile á sus pies postrado:

(Postrándose delante de Leonor y tomándole una mano.)

“¡Mi bien! ¡Mi dulce amor!”

Leo.—Levantándose y empujando á Don Carlos.)

Dejadme, dejadme,

¿Y es ésta la vida,

Tormentos, horrores,

Continuo penar?

¿Y el hombre se afana

Por ella? ¡Insensato!

Más vale á la tumba

Mil veces bajar.

D. Tim.—Escucha, hija mía,

(Siguiendo á Leonor, que se pasea agitada por el teatro.)

La voz de tu padre.

- Leo.— (Sosegándose.)
 ¡Oh, padre! ¿Y es cierto?
 ¿Fué todo ilusión?
 D. Carlos.—Ya vuelve en su acuerdo:
 ¡Miradla qué hermosa!
 (A D. Juan.)
 Acércate, calma
 Su fiel corazón.
 ¿No sientes tu pecho
 Saltar de ternura?
 D. Juan.— No.
 D. Carlos.—¿No? Eres un mármol,
 Palabra de honor.
 Leo.—¡Oh, padre! perdona:
 La historia de Werter
 Mi pecho ha llenado
 De horrible dolor,
 ¡Tan joven! ¡tan tierno!
 ¡Tan bello! ¡tan fino!
 ¡Qué suerte tan fiera!
 D. Tim.—Olvida eso ya.
 D. Carlos.—Amable belleza,
 Aquí está Juanito;
 Miradle qué triste,
 Qué pálido está!
 Leo.— (Tendiéndole la mano.)
 Amigo.
 D. Juan.— ¿Ha pasado
 El rato funesto?
 Leo.—¡Oh! sí, ya ha pasado.
 D. Tim.—Ya vuelve á reír.
 D. Juan.—¿Y por qué leer libros
 Que dan á usted pena?

- Leo.—Amigo, sin ellos
 No puedo vivir.
 El siglo en que estamos
 Carece de encantos:
 Pasiones comunes
 Miramos no más:
 ¡Mil veces felicés
 Los seres dichosos,
 Que vieron el mundo
 Mil años atrás!
 Entonces, entonces
 Un buen caballero,
 Círraba su dicha
 Tan sólo en amar:
 La voz de una amada
 Mandaba en su vida,
 Sabiendo por ella
 La muerte arrostrar.
 Diez años ó veinte
 Pasaban sin verse,
 Y no se entibiaba
 Por eso su amor.
 D. Carlos.—¡Terrible constancia!
 Leo.—¡No se halla en el día!
 D. Carlos.—¿Dos meses? ¿qué pase...
 • Leo.—¿Dos meses? ¡qué horror!
 No, yo no quiero
 La vida presente;
 ¡Helada existencia!
 ¡Funesto vivir!
 Yo encuentro en mis libros
 Un mundo más bello.

- ¡Oh, Werter! yo debo
Contigo morir!
- D. Tim.—¿Morir? ¡San Francisco!
¡Qué dices, muchacha!
¿Y á un padre que te ama
Quisieras dejar?
- Leo.—¡Oh, padre! bajemos
Los dos á la tumba!
- D. Carlos.—¡Bien dicho!
- D. Tim.— ¡Mal dicho!
No quiero bajar.
Es cierto que á veces
Amarga la vida;
Mas siempre la muerte,
Es mucho peor.
- Leo.—¡Ah! no, no, la tumba,
La tumba es el puerto,
El puerto seguro
Do acaba el dolor.
- D. Tim.—¡Muy bien! será puerto,
Será lo que quieras;
Mas yo estoy contento
Del mundo en la mar.
- D. Carlos.—Amigo, en Europa
No se anda con esas;
Allí cuando alguno
Se quiere matar,
Toma un "pistolet."
Lo carga, y al punto
Del picaro mundo
Se va "sans facon."
¡Oh! no hay como Francia,

- Se vive contento,
Contento se muere!
- Leo.—¡Dichosa nación!
- D. Tim.—Muy buena es la moda;
Yo tengo mal gusto:
¿Y usted, Don Carlitos?
- D. Carlos.—¡Oh! yo por mi fe,
Os juro que sólo
En ésta no he entrado.
- D. Juan.—¿De veras? (Riendo).
- D. Carlos.— Te digo
Que no me maté.
No hablemos más de esto;
De amores, de gozo,
En día tan bello
Debemos hablar.
- María.— (Dentro.)
Muchacha, mis flores.
- D. Carlos.— (Cantando.)
"Cual voce io sento
De goia é di espeme
Mio sen palpitar."
- D. Tim.— (Aplaudiendo)
Muy bien, Don Carlitos.
- D. Juan.—De risa me muero.
- Leo.—Dichosos ustedes
Que pueden reir.
- D. Tim.— (A Leonor)
Aliéntate, vamos.
- Leo.—No puedo, no puedo:
Mis nervios padecen,
Me siento morir.

- D. Tim.—Pues ve con Juanito:
El aire del campo
Te hará bien: Juanito,
Llévala al jardín.
- D. Juan.—(Presentando el brazo á Leonor)
Iremos.
- D. Tim.— Despacio.
- D. Juan.— (Aparte).
¡El cielo me ampare!
- Leo.—Adiós, padre amado.
- D. Tim.—Adiós, serafín.
- Leo.—Adiós, Don Carlitos.
- D. Carlos.—(A D. Juan á tiempo de ir andando; aparte.)
Adio, cara. Aprieta,
Al uso de Francia,
Con mucho calor.
- D. Juan.— (Aparte á Carlos.)
Si llora por Werter.
- D. Carlos.—Si Werter ha muerto.
Aprieta, te digo.
- D. Tim.—¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

- D. Tim.—¿Ha visto usted en su vida,
Una joven más sensible?
Vaya, vaya, no es posible;
Es muy tierna mi Leonor.

- D. Carlos.—¡Es verdad, á fe de Carlos!
Es la más tierna belleza:
¡No respira, qué pureza!
¡No son sus ojos, qué amor!
¿Usted no ha estado en París?
- D. Tim.—No, señor.
- D. Carlos.— Mucho lo siento:
Allí sí que es un portento...
¡Oh, la preciosa ciudad!
Allí no hay una mujer
Que sea helada ni egoísta;
Hasta una triste modista
Tiene sensibilidad.
¡Todo es amor en París!
¡Cómo se infalma el deseo!
Hasta usted, Don Timoteo,
Fuera víctima de amor.
- D. Tim.—Vaya, vaya, yo me río;
¿Amores yo, y á mi edad?
- D. Carlos.—Pues es la pura verdad.
- D. Tim.—¿Cierto?
- D. Carlos.— Palabra de honor.
- D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas....
- D. Carlos.—¡Bueno! valiente friolera!
Esas las quita cualquiera...
Aun aquí que es buen decir.
- D. Tim.—¿Y mis arrugas?
- D. Carlos.— También.
Las quitan allí al momento.
- D. Tim.—Será por encantamiento.
- D. Carlos.—No, señor.
- D. Tim.— Quiero reir...

¿Con que es decir que en París
Entra un achacoso anciano
Y sale un mozo lozano

Lleno de gracia?

- D. Carlos.— Cabal.
- D. Tim.—Pues, amigo, digo á usted,
Que ha llegado á mucho el arte.
- D. Carlos.—No hay en el cuerpo una parte
Que no suplan muy igual.
¿Le falta á usted una pierna,
Un brazo, un ojo, una mano?...
Pues va usted á un artesano,
Y en un par de horas ya está.
- D. Tim.—¿Y las rugas?
- D. Carlos.— Un licor
Hace rejuvenecer.
- D. Tim.—¡Hay qué gozo! ¡qué placer!
Pues, señor, me voy allá.
- D. Carlos.—¡Bravo! un hombre como us-
(ted,
Que tiene tanto dinero,
Es un tonto, un majadero,
Si no hace un viaje.
- D. Tim.— Es verdad;
Pero á la mar tengo miedo.
- D. Carlos.—¡Tontera! ¿Ve usted aquí
Cómo ando yo? pues allí
Hay mayor seguridad.
(Aparte.)
(Ojalá caiga este tonto,
A ver si me voy con él
Y hago un brillante papel).

- D. Tim.—Me voy animando á ir.
- D. Carlos.—Bien hecho, amigo, bien he-
(cho;

Pasará usted buena vida.

(Aparte.)

(Para que al fin se decida,
Voy á charlar y mentir.)
Verá usted, Don Timoteo,
Qué calles tan espaciosas,
Todos los pisos de losas
De mármol.

- D. Tim.— ¡Cuánto primor!
- D. Carlos.—Hay algunas que tendrán
Cuatro leguas.
- D. Tim.— ¡Qué! ¿las losas?
- D. Carlos.—No, las calles. ¡Y qué hermo-
(sas!

En las casas, ¡qué esplendor!
Las hay de mármol, de bronce,
De esmalte, y aun de marfil,
Grabadas por un buril
Que parece celestial:
Teatros hay en que sin duda
Podrán caber dos millones.

- D. Tim.—¡Santo Dios! y qué pulmones
De los cómicos!
- D. Carlos.— No tal,
Que cualquiera voz se escucha
Por todos perfectamente.
- D. Tim.—¿Y cómo?
- D. Carlos.— Muy fácilmente,
Por medio de un tornavoz.

- D. Tim.—¿Y para ver de tan lejos
Será preciso un antejo?
- D. Carlos.—No, señor, que cualquier ojo
Ve sin él.
- D. Tim.— ¡Válgame Dios!
¿Y cómo?
- D. Carlos.—Hay ciertos espejos...
Puestos de cierta manera,
Que... pues... así... no fuera
Fácil una explicación:
Todo es por máquina, todo.
- D. Tim.—¡Qué malditos extranjeros!
Si creyera en hechiceros,
Dijera que ellos lo son.
- D. Carlos.— (Aparte.)
A fe mía no encontraba
Cómo salir del apuro.
(Alto.)
Amigo, yo os aseguro
Que hay muchísimo que ver:
Allí dinero es el todo:
Lleve usted el suyo allá,
Y le digo que tendrá
Una vida de placer.
- D. Tim.—Mire usted, cómo Juanito
Nada de esto me contaba.
- D. Carlos.— (Aparte.)
¡Cielos! ya no me acordaba:
Juan me puede desmentir!!
- D. Tim.—Pues, señor, estoy resuelto,
Me voy á Francia, me voy.
- D. Carlos.—Si útil de algún modo soy...

- D. Tim.—Si usted también ha de ir.
- D. Carlos.—Pues en mí encontrará usted
Un "cicerone."
- D. Tim.— ¿Qué?
- D. Carlos.— Un guía.
- D. Tim.—¡Ay, qué gusto! ¡qué alegría!
Rabiando estoy por marchar.
- D. Carlos.— (Aparte.)
Ya cayó en la ratonera.
- D. Tim.—¡Oh! muy presto nos iremos.
- D. Carlos.—¿Y cuándo?
- D. Tim.— Ya, ya veremos,
Yo podré necesitar
Para arreglar mis asuntos...
¡Oh! muy poco, muy poquito....
Veinte años.
- D. Carlos.— (Aparte.)
¡Viejo maldito!
¡Si los pensará vivir!
- D. Tim.—Sí; para este tiempo creo
Que estaré desocupado.
- D. Carlos.— (Aparte.)
Pues, señor, bien he quedado
Después de tanto mentir.
(Se oye cantar dentro á Mariquita.)
- D. Tim.—Ya viene allí Mariquita:
¿Oye usted? siempre cantando,
Nunca la he visto llorando;
Tiene un bello corazón.
Dejo á usted quien le acompañe,
Yo me voy con D. Antonio.
(Se va.)

D. Carlos.—“Bien, tres bien.” ¡Anda al
(demonio!

¡Qué viejo tan socarrón!
Me divertiré un momento
Con esta preciosa loca:
Yo pensé viajar de coca,
¡Ay, qué chasco tan fatal!
¡Vaya, si tengo razón!
Nada hay en México bueno;
He aquí un viejo de oro lleno;
Pero el más grande animal.

ESCENA VII.

DON CARLOS, MARIA.

(Sale ésta cantando, sin ver á Don Carlos,
y va derecha á un tocador que habrá al
frente, á componerse el peinado.)

María.—Vamos, vamos, no estoy mal,
Este rizo me va bien;
¡Oh! yo tengo cierta sal....
Una cara angelical:
¿Y quién me resiste, quién?
“Sí, Mariquita es muy bella.”
Dirán muchos elegantes
“Parece luciente estrella,
¡Que! si no hay otra como ella.”
Hoy tendré muchos amantes,
Hasta seis puedo ajustar,

Sin contar con los ausentes;
Es número regular:
¡Qué placer es conquistar!
¡Pobrecillos inocentes!
Veamos si puedo traer
Sus nombres á la memoria....
(Se voltea, y al ver á D. Carlos, queda co-
mo avergonzada.)

¡Ay, Dios!

D. Carlos.— ¿Y no ha de haber
Una plaza que obtener
En esa tan larga historia?

María.—¡Ah! ¿que estaba usted aquí?

D. Carlos.—Contemplando esa hermosura

María.—¿Y me ha escuchado usted?

D. Carlos.— Sí,

Mas no tema usted de mí,

Encantadora criatura.

María.—¡Oh! yo hablaba necedades:

Cosas que en verdad no siento.

D. Carlos.—Pero hablaba usted verdades.

María.—No, D. Carlos, vaciedades,

De que después me arrepiento.

D. Carlos.—No, no; yo puedo jurar,

Por mi propio corazón,

Que no puedo adivinar

Cómo es posible encontrar

Tal gracia en esta nación.

Casi, casi voy amando

A este mísero país:

Estoy á usted contemplando,

Y en ese rostro mirando

Un destello de París.
 Dejádme, ninfa del Sena,
 Contemplar tanta beldad,
 Esa frente tan serena.
 Que brilla cual luna llena
 De apacible claridad.
 "Radiante," encantadora,
 De gracia y beldad modelo,
 ¿Quién te mira y no te adora?
 ¿Eres Venus, ó eres Flora;
 O más bien ángel del cielo?
 María.—Soy sólo una mexicana.
 D. Carlos.—¡Imposible! ¡No es verdad!
 Eres francesa, italiana,
 O siquiera de la Habana;
 Pero no de esta ciudad.
 María.—Pues....
 D. Carlos.— No me hables castellano,
 Destruyendo la ilusión;
 Ese rostro soberano
 No puede ser mexicano,
 Lo dice mi corazón.
 María.— (Enfadada.)
 Buen modo de enamorar,
 ¡Despreciar mi patria así!
 D. Carlos.— (Sumiso.)
 Dígnese usted perdonar;
 ¡Es tan difícil hallar
 Una cosa buena aquí!
 María.—Pues abierto está el camino,
 ¡Qué pesado y qué tenaz!
 Llène usted su alto destino;

Vuelva usted por donde vino;
 Déjenos usted en paz;
 Si usted no está bien hallado
 En el suelo en que nació,
 Vaya usted al otro lado,
 Que un galán almibarado,
 No es mucha pérdida, no.
 ¿Conque quiere usted decir
 Que aquí no hay una hermosura?
 ¿Y esto se puede sufrir?
 D. Carlos.—Mas dígnese usted oír...
 María.—¡Pues alabo la finura!
 ¿Y allá aprendió usted á ser
 Tan galán? (Ríe) risa me da.
 D. Carlos.— (Aparte.)
 ¡Oh! ¡qué maldita mujer!
 Todo se ha echado á perder;
 Mas todo se compondrá.
 Vamos, vamos, señorita, (Alto.)
 He cometido un error;
 Mas una joven bonita
 Perdona; sí, Mariquita,
 Calme usted ese furor.
 ¡Con quién comprar es dado
 Esa gracia, esa belleza,
 Ese pie tan delicado,
 Ese talle torneado,
 Esa divina cabeza?
 (Durante este diálogo, se va calmando Mariquita hasta el grado de sonreirse, arrojándose al espejo.)
 María.—¡Oh! pues hoy estoy muy mal,
 Lo juro á fe de María.

- D. Carlos.— (Animado)
Está usted.... angelical,
Adorable amiga mía.
- María.— (En el espejo.)
Mas ¿no ve usted? esta flor
Está muy mal, ¡qué desgracia!
- D. Carlos.—Mariquita, es un error ;
Si la prendiera el amor,
No tuviera tanta gracia.
¡Y ese rizo tan hermoso!....
- María.—El rizo está pasadero...
- D. Carlos.—¡Oh! muy bello, muy gracioso.
(so,
Todo, todo es delicioso.
- María.—El maldito zapatero
Nunca me sabe calzar:
(Mostrando los pies.)
Aquí caben mis dos pies;
Si casi no puedo andar,
¡Oh! y usted se va á admirar:
El zapatero es francés!
- D. Carlos.—¡Vaya! hermosa Mariquita,
No recuerde usted mi error,
Que el corazón me palpita;
Esa boca tan bonita
Hable sólo del amor.
- María.—Pero si no soy francesa.
- D. Carlos.—Pero es usted mexicana.
- María.—Es decir, tonta
- D. Carlos.— ¡Traviesa!
¡Si ya digo que me pesa!
Es usted muy inhumana.

- María.— (Al espejo.)
¡Oh, qué traje tan mal hecho!
Me hace desairado el talle.
- D. Carlos.—No tal: está muy bien hecho.
Palpitará más de un pecho
Al ver su elegancia.
- María.— ¡Calle!
¿Con que más allá del mar,
Según lo que estoy oyendo,
Aprendió usted á adular?
- D. Carlos.—No; pero es fuerza admirar
Prodigio tan estupendo;
¿Cree usted que es adulación?
¡Consulte usted á su espejo,
Verá que tengo razón:
Sólo por moderación
Otras alabanzas dejo.
Vaya, brillante hermosura,
Pues hemos hecho la paz,
Colme usted ya mi ventura,
Oiga de esa boca pura
Un "sí."
- María.— ¡Y es usted tenaz!
- D. Carlos.—¿Quiere usted que no lo sea,
Cuando su rostro he mirado?
¡Ojalá fuera usted fea!
- María.—¡Gracias! ¿habrá quien lo crea?
- D. Carlos.—Yo estuviera sosegado,
Pero su rostro divino,
Esos ojos brilladores,
(Tomándole una mano.)
¡Ay! este cutis tan fino

Han fijado mi destino,
Y muriendo estoy de amores.
(Postrándose.)

Míreme usted á sus pies,
Alivie usted mi dolor.

María. (Riendo.)
¡Bravo! ¡gracioso francés!
¿A una mexicana?

D. Carlos.— Es
El ídolo de mi amor;
Deme usted por Dios el "sí,"
O de pena moriré:
Mire usted, no estoy en mí,
Es fuerza morir aquí.

María.—Amigo... lo pensaré.

D. Carlos.—¡Oh, qué respuesta tan fría
Para un pecho tan ardiente!
Por Dios, amable María,
Vuélvale usted su alegría
A este corazón doliente.

María.—Pero si no puede ser,
Si está la plaza ocupada.

D. Carlos.—Un lugarcito ha de haber:
¿Me verá usted padecer
Sin piedad? joven amada,
El séptimo seré yo
De la lista solamente.

María.—No.

D. Carlos.— Pues el octavo.

María.— No.

D. Carlos.—¿Ya el número se llenó?
Pues hágame usted suplente.

María.— (Queriéndose levantar)
¿No me quiere usted dejar?

Clara.— (Dentro.)
Blasa.

D. Carlos.— Perdí la ocasión;
Pero mientras vuelvo á hallar,
Esta prenda he de tomar,
Que alivie mi corazón.

(Quita á María un anillo de brillantes
del dedo.)

ESCENA VIII

Dichos, CLARITA.

Clara.—Don Carlitos, buenos días:
¿Sabe usted algo de nuevo?
¿Qué noticias corren hoy?
¿Se ha ocupado el ministerio?
¿Esa "pauta de comisos"
Se aprobó ya?

D. Carlos.— Nunca leo
Periódicos mexicanos.

Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,
Que todo buen ciudadano,
Debiera casi saberlos
De memoria: ¡venturosos
Fueran entonces los pueblos!
La imprenta, la imprenta sola
Es el ancla en que tenemos
Fundadas las esperanzas
De ilustración.

- D. Carlos.— Por supuesto.
 Clara.—Pensaba yo redactar
 Un periódico.
 D. Carlos.— ¡Muy bueno!
 Y el artículo de modas
 Desempeñarlo prometo.
 Clara.—¿Qué modas, amigo mío?
 Si justamente pretendo
 Criticar eso: si rabio
 De ver nuestros diarios llenos
 De vaciedades: ocupan
 Una columnita, ó menos,
 En el asunto importante,
 Y lo demás en dieterios,
 En insultos insufribles,
 En avisos, y algún verso
 Tan helado como inútil.
 No, señor, no es ese el medio
 De ilustrar á los mortales:
 Si copian, copien al menos
 A Juan, Jacobo, á Segur,
 A Vattel, á algunos de estos
 Cuyas magníficas plumas
 Han escrito tanto bueno.
 Esto sirviera de mucho,
 O proponer al congreso
 Alguna ley importante,
 O hablar algo sobre fueros,
 O los códigos antiguos
 Arreglar, como el "Digesto."
 D. Carlos.—Me indigesta esa palabra.
 Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,

- Es un cuerpo muy antiguo.
 D. Carlos.—Que lo lleven al Museo.
 Clara.—"Sed fugit interea, fugit"
 "Irreparabile tempo."
 D. Carlos.—¡Bravo! ¡bravo! Doña Clara
 (Conteniendo la risa)
 ¿Parla usted latín?
 Clara.— Lo leo
 Regularmente, y me agradan
 Los clásicos. ¡Qué momentos
 Paso leyendo á Virgilio,
 A Cicerón, al modelo
 De la elocuencia romana!
 Vea usted qué trozo tan bello:
 "Quosque tandem abutere,
 Catilina,"....
 D. Carlos.— (Aparte, riendo.)
 ¡Yo reviento!
 Clara.—Patientia nostra?"
 D. Carlos.— (Con ironía.)
 ¡Qué hermoso!
 Clara.—Diga usted ¿en los modernos
 Habrá una cosa tan grande?...
 Mas nada como aquel verso
 De Ovidio: "Cum subsicit illius"...
 Vaya, vaya, me enageno.
 D. Carlos.—Usted, hermosa Clarita,
 Puede ocupar un asiento
 En la cámara.
 Clara.— Mil gracias;
 Algo hiciera de provecho:
 No estuviera como algunos,

No más calentando el puesto.
Yo no sé por qué injusticia
Se ha quitado á nuestro sexo
Un derecho tan sagrado
Como legislar. Yo creo
Que lo hiciéramos mejor
Que muchos hombres; y luego
No encuentro razón alguna
Para no tener empleos
En otros ramos.

D. Carlos.— ¡Bien dicho!

Clara.—Como si sólo el talento
Fuera exclusivo en el hombre.

D. Carlos.—Lo que es falso, porque vemos
En usted, que bien podía
Ocupar un ministerio.

Clara.—Yo no lo digo por mí....
Soy aficionada, cierto;
Pero nada más.

C. Carlos.— ¡Caramba!
Si estoy "enchanté!"

María.—(María, que se ha estado viendo
al espejo, entra en conversación.)

Yo pienso
En mis flores, en mis trajes,
Y estoy contenta con eso.
Yo no he de estar más bonita
Porque mande Juan ó Pedro:
Todo es lo mismo.

Clara.— ¡Lo mismo?
¡Jesús! ¡qué poco talento!
No digas eso, María;

¿Qué no sientes en tu pecho
El amor patrio? "Amor patriae"
Como dijo.... no me acuerdo
Quién lo dijo.

D. Carlos.— Pero alguno
Lo dijo.

María.— Sí, por supuesto.

ESCENA IX.

Dichos, DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.—(Con un periódico en la mano.)
¡Albricias, hijas, albricias!
En esta noche tenemos
Comedia nueva.

D. Carlos.— ¿Es de Scribe?

D. Tim.—No, señor.

D. Carlos.— ¿O de Hugo?

D. Tim.— Menos.

D. Carlos.— ¿Es un Vodevil?

D. Tim.— Tampoco:

No, señor, no es nada de eso:

Es obra de un mexicano.

D. Carlos.—Puff... ¡Qué peste!

D. Ant.— (A D. Carlos.)

¿Qué tenemos,

Que hace usted tan mala cara?

D. Carlos.—¿Por un mexicano? cierto
Que será un mamarrachón.

D. Ant.—¿Por qué ha de ser, caballero?
¿Un mexicano no es hombre

Capaz de escribir en verso
Como cualquiera?

D. Carlos. ¡Oh! les falta
Todavía mucho tiempo
Para saber discurrir.

D. Ant.—Gracias, por el cumplimento.
¿Y usted qué es?

D. Carlos.— ¿Yo? por desgracia
Soy mexicano, y lo siento,
Vergüenza me da decirlo,
Porque todo en este suelo
Está atrasado.

D. Ant.— Sin duda:
Y la mejor prueba de eso
Es que sufrimos, Don Carlos,
Muchos tontos, que debemos
Arrojar por los balcones.

D. Carlos.—Hay muchos.

D. Ant.— Sí; por ejemplo
Usted.

D. Carlos.— ¡Cómo! poco á poco:
Explíquese usted.

D. Ant.— Pues creo
Que hablo bien claro.

D. Carlos ¡Caramba!
¿Sabe usted que no me dejo
Insultar? Yo “ciño espada
Y aliento coraje.”

D. Ant.— ¡Bueno!

D. Carlos.—O el florete, ó la pistola.

D. Tim.—Vaya, señores, ¿qué es eso?
Dejen ustedes por hoy

Las cuestiones.

D. Ant.— Si no puedo
Reprimirme; no es posible.
Que hable mal un extranjero
De algún país, es muy malo,
Pero, señor, á lo menos
Si á la política falta,
No falta al deber más bello
De un hombre, que es procurar
La fama, el nombre, el concepto
De su patria: yo me voy.

D. Tim.—No, señor.

Clara.— No.

María.— No.

D. Tim.— Dejemos
Estas cosas, Don Antonio.

Clara.—Sí, yo también se lo ruego
A usted, y después acaso
Tratarán ustedes eso
Con calma.

D. Carlos.— Sí, sí, con calma,
“Parole d'honneur,” lo prometo.

ESCENA X.

Dichos, DON JUAN, LEONOR.

D. Juan.— (Aparte.)
¡Vaya! que por fin respiro.

D. Carlos.—Oh, Juanito, ¿aquí estás ya?
Leonorcita, ¿cómo va?

Leo.—Me siento mucho mejor.